

EL MUNDO MILITAR.

Revista Universal

AÑO II.

DOMINGO 14 DE OCTUBRE DE 1860.

NÚM. 49.

Con arreglo á la ley de propiedad literaria y convenios existentes, queda prohibida la reproduccion de los grabados y la traduccion de los artículos de este periódico.

SUMARIO. Grabados.—Siria: Desembarco del Ejército francés en Beyrouth.—Retrato del Excmo. Sr. General don Genaro de Quesada.—Vista de la torre del Homenaje.—Id. del castillo de Bellver.—Id. del patio interior de id.—Ejército gari-

baldino.—Id.—Id.—Medalla del Ejército de Africa.—Fachada del cuartel del regimiento de infantería de Búrgos.

Texto. Crónica de la semana: exterior é interior.—Biografía del Excmo. Sr. D. Leopoldo O'Donnell, Duque de Tetuan.—

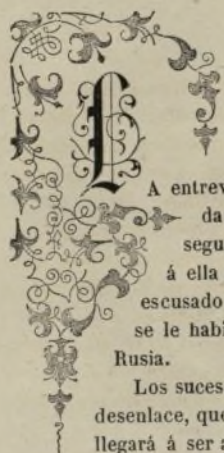
Id. del Excmo. Sr. Teniente general D. Genaro de Quesada.—Islas Filipinas.—Anales de la Censura.—Castillo de Bellver.—Decoracion del cuartel del regimiento de infantería de Búrgos.—Medalla de Africa.—Suelto.—Novela.—Correspondencia.



SIRIA.—DESEMBARCO DEL EJÉRCITO FRANCÉS EN BEYROUTH.

CRÓNICA DE LA SEMANA.

EXTERIOR.



A entrevista de Soberanos en Varsovia fijada para el día 20 durará dos días, y según la *Gacette de la Bourse* no asistirá á ella el Emperador Napoleon que se ha escusado de corresponder á la invitación que se le había hecho por parte del Emperador de Rusia.

Los sucesos de Italia siguen caminando á su desenlace, que en fuerza de sus complicaciones no llegará á ser acaso tan espontáneamente nacional como las grandes potencias se habían propuesto.

Entre los diversos episodios que las armas ó las combinaciones diplomáticas producen en aquel país, preferimos reproducir, según exactos detalles que hemos podido adquirir, la batalla de Castelfidardo, interesante no solo por sus consecuencias, sino por haber figurado en ella una distinguida celebridad militar, el General Lamoriciere, á quien no el corazón, la fortuna faltó en el momento del choque.

Llegó el General Lamoriciere, al frente de su Ejército y seguido de cerca por las fuerzas que mandaba Pimodan, á Loreto el 16 de noviembre y encontró ya esta ciudad ocupada por unos cuarenta lanceros piemonteses, en cuya persecución salieron algunos ginetes pontificios.

Los piemonteses no habían querido disputar Loreto á las tropas pontificias, pero les cerraron todo paso estendiéndose desde las inmediaciones de Monte-Marciano hasta el puerto de la ciudad, ocupando con sus 50, ó 55,000 hombres, una línea de cerca de diez leguas. El grueso de su Ejército se hallaba por consiguiente sobre el camino de Loreto á Ancona y un cuerpo de 15,000 hombres acampó en la altura que está en frente de Loreto en las inmediaciones de Castelfidardo y la Crocetta. Algunas compañías se habían escalonado hasta el mar, de manera que la ciudad de Osimo parecía deber servir de asilo á las tropas Reales en el caso de una derrota.

Lamoriciere, después de dar noticia de su llegada á los Gobernadores civil y militar de Ancona, pasó dos días en Loreto, sea con intención de esperar á Pimodan, sea haciendo sus preparativos.

El ilustre General ha confesado después de la acción, que en vista de las circunstancias no estuvo lejos de sentir algun desaliento.

Vió en efecto que sus fuerzas se reducían en el momento del peligro á 10,000 soldados; vió que no contaba con suficiente caballería, y que sus once tituladas baterías quedaban en realidad reducidas á diez cañones; no le quedaba otro recurso que el valor de sus tropas, y si este llegaba á faltar era de todo punto irremediable la ruina. Hay que tener presente que los italianos de su Ejército iban decayendo de ánimo á proporcion que se acercaban al enemigo: habían venido de la Umbria para incorporarse al Ejército cantando y riendo, pero al irse acercando á las Marcas se manifestaban cada vez mas tristes y abatidos. En Loreto se les oyó dar gritos de terror al ver las alturas inmediatas cubiertas de piemonteses. Presentían una derrota.

Los italianos del Ejército de Lamoriciere componían un total de 4,000 hombres. Los restantes eran alemanes, suizos, irlandeses y 490 franco-belgas. Los suizos eran los mas numerosos después de los italianos, y se componían de carabineros y tropas ordinarias.

Lamoriciere resolvió dar la batalla el 18; eligió el día, la hora y el sitio, y combinó el plan.

Dos caminos se le presentaban: ó seguir marchando hacia Osimo y Ancona, ó probar de romper las líneas piemontesas por el centro, á lo largo de la costa, dirigiéndose hacia Ancona, rechazando las fuerzas enemigas acampadas en la llanura, y abriéndose paso entre ellas.

La idea de batir á los piemonteses en batalla formal, destruir sus 50, ó 55,000 hombres y su numerosa artillería, no podía ocurrirse á la imaginación del General de las tropas pontificias. No le quedaba otro recurso que dar un golpe de mano, aprovecharse de los primeros resultados y llegar á Ancona dejando á los piemonteses, sino derrotados, por lo menos intimidados. Por otra parte, estos últimos ocupaban tales posiciones que, aun después de perder la primera, eran todavía temibles en la segunda; su Ejército estaba situado en una serie de alturas desde Loreto hasta Monte-Marciano, y para atacarlo y batirlo en sus posiciones, se hubieran necesitado fuerzas muy superiores.

Lamoriciere no pensó mas que en abrirse paso, y con este objeto, en vez de romper las líneas piemontesas por el centro y siguiendo los caminos de Osimo y de Ancona, prefirió estenderse á lo largo de la costa y forzar la estrechura de las líneas piemontesas. Esta maniobra fracasó.

Daremos una ligera descripción del campo.

Figúrese el lector una llanura cultivada, llena de viñas y morerales, con algunos terrenos rasos, y estendiéndose sobre las orillas del mar. Dos colinas se prolongan sobre esta planicie en dirección perpendicular al mar. En la primera de estas, esto es, en la que mira á Recanati, está situada la ciudad de Loreto, y en la otra, la que dá vista á Ancona, se estienden los campos de Castelfidardo y la Crocetta. Ambas están separadas por un espacio de cerca de tres kilómetros de un terreno labrado que describe una graciosa curva. Un arroyo, denominado *il Mussonne*, corre entre las dos colinas, y atravesando la llanura por el centro, va á lanzarse al mar. Este arroyo estaba casi seco en el momento de la batalla, y no presentaba mas que algunos puntos cenagosos.

Esta segunda colina de Castelfidardo y de la Crocetta, y la llanura que la separa del mar fueron teatro del combate; á la vista de Loreto, y bajo la mirada de los Canónigos de la *Santa-Casa*, que podían ver la batalla sin perder ninguno de sus detalles, se consumó la ruina del Ejército pontificio.

El 18 por la mañana principiaron á moverse las tropas de Lamoriciere. El General, montado en un caballo blanco, y vestido de gala, tomó el mando, y confiando la dirección de la vanguardia y de la columna de ataque á Pimodan, se quedó para dirigir personalmente la acción del cuerpo de reserva.

Las tropas ocuparon, según sus nacionalidades, el orden siguiente: Abrieron la marcha los franco-belgas, luego venían los alemanes; tras de estos los carabineros suizos; la infantería de la misma nación, y por último, las tropas indígenas encargadas del servicio y material de la ambulancia. La artillería, compuesta de dos baterías menos dos cañones, estaba casi enteramente confiada á los artilleros indígenas.

Colocadas en este orden las tropas pontificias, bajaron de las alturas de Loreto por el lado del mar, y con sus músicas al frente desembocaron en la llanura á eso de las diez de la mañana. Avanzaron en dirección al mar, y luego, de repente, conversando hacia Ancona, y atravesando el álveo del arroyo, marcharon paralelamente á la costa á encontrarse con el enemigo, cuyas columnas parecían prolongar la segunda colina hacia el mar. Las tropas piemontesas, bastante débiles en este punto, fueron prontamente desalojadas y tuvieron que replegarse hacia las alturas de Castelfidardo y la Crocetta.

Desde este momento puede decirse que en cierto modo quedaba espedito el paso para Ancona; pero no tardó la artillería piemontesa á presentarse en la cumbre de la colina: todas las tropas sardas, por el lado de Osimo y Loreto, afluieron sobre el punto amenazado. La vertiente izquierda de la segunda colina, esto es, la que mira á Loreto, está cubierta de espesos carrascales en que estaban emboscados tiradores piemonteses armados de carabinas Minié. Suponiendo que el Ejército de Lamoriciere hubiese seguido marchando de frente, habría tenido que dividirse en dos mitades y sufrir horribles pérdidas.

M. de Pimodan lanzó su columna contra los piemonteses, y él mismo, escoltado de algunos ginetes, se puso á la cabeza de los franco-belgas, alemanes y carabineros suizos.

Las primeras posiciones fueron forzadas á paso de carga: los piemonteses fueron puestos en dispersión. Una casa que hoy es un montón de escombros y entonces estaba ocupada por estos, fué tomada por las tropas de Pimodan: esta casa se hallaba situada en mitad de la colina.

En vista de estos sucesos brilló un rayo de esperanza en la frente de las huestes pontificias, pero no tardó en disiparse. La artillería piemontesa, compuesta de cañones rayados, empezó á jugar de un modo terrible; los tiradores ocultos en los carrascales diezmaban las tropas de Lamoriciere, y por último, los lanceros sardos daban brillantes cargas.

El ruido de la metralla llenó de pavor á los soldados indígenas: echáronse á tierra y empezaron á dispersarse, y traidos otra vez al combate por el esfuerzo de sus Oficiales, hicieron fuego contra sus mismos compañeros.

Toda la artillería indígena imitó á la infantería; desengancharon los tiros y huyeron.

Un regimiento de infantería suizo, sea por culpa del Comandante, sea por miedo, imitó la conducta de los italianos. La conducta de este regimiento fué noblemente reparada por el valor de dos batallones de carabineros suizos que lograron distinguirse al lado de los franco-belgas y alemanes.

Si Pimodan hubiese sido apoyado, el combate habría podido prolongarse y sus resultados habrían quedado indecisos; pero permaneció solo á vanguardia con su columna de ataque y tuvo que arrostrar todo el empuje del enemigo.

A caballo, al pie de una morera, apenas había principiado á dar órdenes cuando recibió tres heridas, una en el rostro que le fracturó la mandíbula, otra en el pecho y otra en el pie. Casi moribundo fué transportado á una cabaña inmediata, y desde entonces quedó reducido el combate á una lucha irregular y casi salvaje. Cada cual se batía como pudo; no hubo nadie que dirigiera la acción.

Solo Lamoriciere podía restablecer el combate; pero el General, al ver la mitad de su Ejército en dispersión, y al comprender la superioridad del enemigo en número, en artillería y en caballería, temió ser envuelto con los últimos restos y renunció á la idea de intentar prolongar el combate con solo el Estado Mayor y los guías que le rodeaban.

Fué á dar el último apretón de mano á su amigo Pimodan, y seguido de unos cuantos á costa de supremos esfuerzos consiguió abrirse paso á lo largo de la costa.

A las tres y media entró en Ancona y vió que la escuadra piemontesa estaba produciendo una poderosa diversión que sin duda impidió que el cuerpo auxiliar que de allí había salido, pudiese llegar á tiempo por falta de órdenes terminantes.

Por lo que toca al Ejército pontificio que había tomado parte en la batalla, tuvo que replegarse á Loreto después de perder armas, bagajes y municiones.

Los tiradores franco-belgas con los alemanes, irlandeses y carabineros suizos fueron los que mas pérdidas tuvieron, como que ellos solos sustentaron, por decirlo así, el peso de la acción.

Las operaciones militares, encaminadas á intimidar y sujetar á los drusos en Siria han principiado ya. El territorio entre Damasco y Sidon se ocupará por fuerzas turcas.

Fuad-Bajá se ha embarcado en un buque de guerra otomano, y se ha dirigido á Sidon con Ismail-Bajá, Comandante en Jefe, y Hassan-Bey, que desempeña otro mando. Parece que se procederá á calificar los acontecimientos de Sidon y en seguida marchará Fuad-Bajá á Hasbeya.

Mustafá-Bajá, que ha conducido á Ahmet en calidad de arrestado á Constantinopla, ha salido de Damasco con dos batallones y dos piezas de montaña para Hasbeya. Se unirá Ismail-Bajá á los árabes y mutualis, y establecerán de esa manera con las tropas regulares un cordón para interceptar la huida de los drusos.

Las fuerzas turcas en Siria ascienden nominalmente á 14,000 hombres; pero es muy probable que no estén en campaña mas de la mitad. Bastan para impedir que desaparezcan los drusos en masa; pero ni un Ejército de 100,000 hombres los impedirá que lo verifiquen en pequeñas partidas.

Al mismo tiempo que las tropas turcas se ponen en movimiento, fuerzas francesas compuestas de las tropas de preferencia del cuerpo espedicionario, 3,000 hombres poco mas ó menos, se dirigirán sobre Der-el-Kammar. La infantería seguirá el camino de la montaña, y la caballería la carretera.

Habiendo hecho saber Fuad-Bajá que todos los *Cheicks* drusos que no se presentasen en Beyrouth serian considerados como culpables, vinieron algunos el 19 á prestar su misión al representante del Sultan, y dos dias despues llegó Said-Beg-Djimblatt. En dicho dia 19, 14 *Cheicks* drusos y 17 *Emires* y *Cheicks* cristianos que habian obedecido á las intinaciones de Fuad-Bajá, se reunieron en presencia de este y otras autoridades turcas que constituian una especie de Divan.

Fuad-Bajá se dirigió á unos y otros, diciéndoles que las consecuencias de las rebeliones de la montaña habian sido la efusión de sangre, la rapiña, las hostilidades constantes y la ruina del país; que cualquiera que fuese la secta que habia empezado la guerra y derramado sangre, seria castigada con arreglo á la ley; añadiendo que segun las facultades otorgadas por el Sultan, su representante habia establecido un Tribunal encargado de juzgar á todas las personas acusadas de crímenes cometidos durante los últimos acontecimientos; investigar el origen de la guerra y buscar á sus autores: dicho Tribunal apreciará los diferentes grados de culpabilidad, y tendrá en cuenta cualquiera circunstancia favorable ó atenuante donde quiera que la halle. Fuad-Bajá ha prometido tambien que ese Tribunal juzgará imparcialmente sin consideraciones de secta, y que el Gobierno oiria á los testigos que para la defensa se creyese oportuno llamar.

Concluido el discurso, Fuad-Bajá dijo á los Jefes cristianos que podian retirarse, y á los drusos que, á pesar de la sumisión que acababan de hacer, la mejor prueba que podrian dar de su lealtad al Sultan, era la de constituirse en prisión y someterse al fallo que sobre ellos recayese. En consecuencia han sido arrestados y distribuidos en los cuarteles.

Entre los drusos así arrestados están el Caimakan Emir Mohammed-Reslan, el Emir Mohammed d'Ain-Anub, y el Emir Melkim; Seid-Bey-Djimblatt y su yerno Selim-Bey-Shams, Cheik Hussein-Talhouk y otros.

El Tribunal encargado de juzgar á los drusos es el mismo que entiende en el procedimiento contra Kurschid-Bajá.

Nueve individuos convictos de asesinato fueron ahorcados el 19 en Damasco, siendo la mayor parte extranjeros, y ademas cuatro drusos, uno de los cuales era Ali-Agá, del pueblo de Nikeh, en el Shuf. Otro reo acusado de complicidad en el asesinato de M. Graham, el misionero inglés, fué tambien ahorcado. Parece que se hallaban todavía en las prisiones 40 reos sentenciados á pena capital.

INTERIOR.

En la tarde del 4 presidió S. M., en celebridad de los dias de su augusto esposo la inauguracion de las obras de ensanche y mejora del puerto de Barcelona.

La Diputacion provincial dispuso con tan plausible motivo una brillante fiesta marítima, acerca de la cual se espresa en estos términos un diario de aquella ciudad:

¿Qué diremos á nuestros lectores relativamente á esta brillantísima fiesta que tuvo lugar ayer en nuestro puerto con motivo de la inauguracion de las obras del mismo? Para los que la presenciaron será pálida toda reseña que pueda hacerse, y el que no haya tenido la suerte de presenciarla es difícil por cierto que se forme una idea exacta por cuanto podamos decirle. Despues de verificada la ceremonia del ensanche, se dirigió S. M., acompañada de los Ministros y dignatarios de Palacio, al puerto, donde estaba preparado el puente que sirvió para el desembarque, así como el templete que sirvió para el mismo objeto. El mar estaba ya completamente tapizado de lanchas llenas de personas ávidas de saludar á SS. MM. Cerca del puente se habia colocado una gran barcaza, adornada completamente, en la que se veian tres ricos sillones. A los costados tenia los nombres de muchos puertos de España, y estaba cubierta por un elegante toldo, en el que se veian las armas de los partidos en que está dividida la provincia de Barcelona.

Al llegar SS. MM., se embarcaron en dicha barcaza al toque de la marcha Real, y emprendió al momento la expedicion remolcada por el *Monjuich*, que estaba completamente empavesado. Seguía á la barcaza la falúa Real, y la custodiaban cinco vapores costaneros, adornados y empavesados con elegancia. Una muchedumbre inmensa victoreaba á SS. MM. desde los andenes del puerto. Debimos á

la amabilidad del Sr. Capitan del puerto y de los señores de la Diputacion provincial el poder tomar pasaje en el *Dertosense*.

S. M. llevaba traje de corte: vestido carmesí con blondas blancas y cola, llevada por un alto dignatario de Palacio, y ceñía la gloriosa corona Condal. S. M. el Rey vestia de Capitan general. Los empleados de Palacio llevaban todos calzon corto. La Real barcaza cortaba las aguas, siguiéndole los vapores, formando un precioso conjunto. A los vivos de S. M. se unian los ecos de las músicas que llevaban los vapores, los cantos de los coros Orfeon y de Clavé, y el eco del cañon de Monjuich que saludaba á SS. MM. Iba anocheciendo cuando llegamos á la linea de barcasas que señalaba los límites del nuevo puerto. Paráronse entonces las embarcaciones para efectuar la ceremonia de arrojar al agua la primera piedra. Esta era perfectamente labrada; tenia en sus caras inscripciones alusivas, y contenia un bote perfectamente cerrado con monedas de oro, plata y cobre del reinado de S. M. la Reina. Nos pareció que uno de los Sres. Obispos que iban en la comitiva bendecía la piedra que estaba colocada sobre una especie de vagon, y dando S. M. el impulso, cayó al mar en medio de un estrepitoso viva á la Reina y de los ecos de la marcha Real.

Los buques continuaron entonces su marcha para abordar la Real barcaza junto á Casa-Túnez, operacion que, á pesar de lo inquieto del mar, se efectuó con facilidad suma. El *Dertosense* no abordó, y desde su puente vimos llegar un gran número de luces, con las que se recibió á S. M., acompañándole á una hermosa tienda de campaña, donde se tenia preparado un espléndido refresco, que era, segun hemos oido asegurar, lo mejor de su clase que se haya visto estas fiestas, y estuvo servido por el Sr. Cuyás. S. M. se manifestó sumamente complacida, diciendo entre otras cosas á los Sres. Diputados provinciales, que eran incansables, y espresando que los coros le gustaban mas que las baladas alemanas. Permanecimos en el *Dertosense*, desde el que pudimos gozar de un espectáculo sumamente encantador.

Al frente teniamos la escarpada roca de Monjuich; detrás el puerto brillantemente iluminado, y la muralla del mar, cuyas casas lo estaban tambien hasta los terrados, viendo sobresalir la fachada del Banco. Por todo el camino llamado de Casa-Túnez se quemaban grandes fuegos de bengala, que iluminaban al mar con diferentes matices, y nos permitian ver á algunas brazas los demas buques que acompañaban la Real barcaza. Entre el ruido de las olas y el chirrido de las cuerdas ocasionado por el balance del buque, y el estrépito de los fuegos artificiales, sonaban dulcemente los acentos de la lindísima barcarola titulada *¡Al mar!* composicion del Sr. Clavé, que entonaban los coros. En la punta del muelle se quemaban tambien grandes fuegos de bengala.

Despues de aguantarnos en la mar nos dirigimos al puerto, precediendo la Real barcaza. Nada mas magnífico ni deslumbrador que el espectáculo que presentaba la entrada de aquel. Los muelles estaban coronados de espectadores, que veíamos por intervalos con la luz de los fuegos; los buques tenian diseñados sus cascos y vergas con faroles de colores, y en la Capitanía del puerto se quemaban tambien fuegos de bengala sin interrupcion.

Al lado del desembarcadero de SS. MM. se habian levantado dos hermosas columnas adornadas con centenares de luces de colores y coronadas con muchas hachas de cera. Al llegar SS. MM., los buques de guerra iluminaron las verjas con multitud de fuegos de bengala que difundian sus fantásticos resplandores en las aguas del mar.

Podemos asegurar que S. M. la Reina estaba completamente absorta.

Al desembar SS. MM. el mar estaba completamente alfombrado de lanchas, y mil veces temimos que el *Dertosense* pasara por ojo alguna de las embarcaciones que le rodeaban. En aquel momento volvió á iluminarse por completo el puerto y se repitió el estentóreo clamor de la inmensidad de gente que victoreando á SS. MM. las acompañó á Palacio, y permaneció en la plaza hasta que S. M. se dignó salir al balcon á despedirla con su inefable amabilidad.

F. MEDINA VEYTIA.

BIOGRAFIA

DEL EXCMO. SR. CAPITAN GENERAL

DON LEOPOLDO O-DONNELL,

DUQUE DE TETUAN, CONDE DE LUCENA Y VIZCONDE DE ALIAGA.

IX.

(Conclusion.)

Terminada la guerra civil y disueltos los Ejércitos reunidos, el General O'Donnell quedó en situacion de cuartel. Los partidos políticos comenzaron á agitarse con inaudita violencia, como sucede en todas las épocas de transicion, y en que se trata de consolidar un nuevo sistema de Gobierno; aquella agitacion dió lugar á los conocidos sucesos de octubre de 1841; y el General O'Donnell se vió obligado á emigrar al extranjero, donde permaneció hasta 1845 en que por Real decreto de 31 de julio de dicho año, fué repuesto en sus antiguos títulos, honores y condecoraciones y nombrado Gobernador y Capitan general de la isla de Cuba, mando que desempeñó hasta fin de febrero de 1848, en que regresó á España.

Por Real decreto de 8 de octubre de 1849 fué nombrado Director general de Infantería, y en este cargo dió nuevas pruebas de sus vastos conocimientos, y del celo con que siempre ha procurado los adelantos y mejoras del Ejército. Por Real decreto de 25 de marzo de 1851 fué relevado de este destino y quedó de cuartel en Madrid.

En setiembre de 1855 entró en el poder el Conde de San Luis, y el Ministerio que presidia, á consecuencia de ciertos proyectos económicos, sufrió una vigorosa oposicion en el Senado, que fué causa de que se cerraran atropelladamente las Cortes, y se mandara salir de Madrid á varios Generales y hombres políticos. Al General O'Donnell se le mandó marchar á Santa Cruz de Tenerife en las islas Canarias. Estas y otras medidas violentas y el estado en que se hallaban los ánimos, produjeron el alzamiento de junio y julio de 1854, cuyos hechos están muy presentes en la memoria de todos, y que trajo al poder á los Generales Espartero y O'Donnell. D. Leopoldo O'Donnell fué promovido á la categoría de Capitan General del Ejército en 30 de julio de aquel mismo año.

Desgraciadamente, las violentas pasiones, el exclusivismo, y el mezquino interés de los partidos, procuraron desde luego sembrar la discordia entre los dos Generales. Don Leopoldo O'Donnell con una prudencia llevada hasta límites incalculables, evitó en muchas ocasiones el rompimiento que al fin habia de tener lugar; reorganizó el Ejército, y con su actividad y acierto, sofocó en pocos dias una sublevacion en sentido carlista, que en los momentos en que estalló se presentó imponente.

Un hombre de resolucion, talento y energia en circunstancias dadas, salva los tronos y los pueblos.

Tuvieron lugar los sucesos de julio de 1856; y D. Leopoldo O'Donnell con la firmeza de su carácter, su juicio sereno en los casos mas difíciles, y sus acertadas medidas, hizo que aquellas tristes jornadas no fueran tan sangrientas como naturalmente hubieran sido. Su conducta al dia siguiente con los vencidos fué generosa, magnánima y nunca vista en los anales de las conmociones populares en que llega á derramarse sangre.

Desde julio de 1856 á octubre del mismo año presidió el Gabinete; y el espíritu de tolerancia, de orden y de moralidad que presidia á todos los actos de aquel Ministerio agradó á la opinion pública.

En junio de 1858 S. M. la Reina se dignó otra vez encargar la formacion de Gabinete á D. Leopoldo O'Donnell, y desde entonces la tranquilidad pública se mantiene sin estados de sitio, ni medidas violentas; la marina de guerra y la mercante juntamente han tomado un grande incremento, y siguen fomentándose con rapidez y vigoroso impulso; las obras públicas se desarrollan por toda la nacion con pasmosa actividad; la riqueza pública se aumenta con sabias medidas económicas, y el Ejército ha recibido mejoras y adelantos tan considerables, que es hoy uno de los primeros de Europa. Los Cuerpos colegisladores funcionan con amplitud y regularidad; el crédito ha llegado á una altura

hasta ahora desconocida en España, y el Tesoro español es quizás el mas desahogado hoy en Europa.

La biografía no es la historia; por eso no nos es permitido estendernos tanto como fuera de desear. La historia de don Leopoldo O'Donnell tiene dos períodos; el primero puramente militar, el de la guerra civil, sobre el cual hemos podido estendernos, por tratar de hechos juzgados ya por la fria razon, en que no hay el temor de que nos perturben las pasiones. En este periodo ofrece D. Leopoldo O'Donnell un ejemplo envidiable; el de un militar de mérito tan distinguido, y reconocido por todos sus Jefes, que siempre le confiaron cargos muy superiores á los puestos que sucesivamente iba ocupando en la gerarquía del Ejército.

El segundo período es militar y político, y ocupa los últimos veinte años. Sobre este periodo la historia no ha podido fallar todavía; pero sin embargo, creemos que nadie nos desmentirá, si decimos, que durante él, como militar, en la guerra de Africa, ha sabido colocarse á la misma altura que los Generales que en esta época gozan de mas reputacion en Europa; habiendo sabido sacar partido, como todos nuestros grandes Generales, mas bien que del valor, de la constancia en los sufrimientos que caracteriza á los soldados españoles; y como hombre de Estado, ha hecho respetable á la nacion en el exterior, en medio de las violentas crisis porque está pasando Europa, y la ha procurado tranquilidad y bienestar en el interior, hasta hacer imposibles intenciones como la de San Carlos de la Rápita, y que todos los ciudadanos pacíficos y laboriosos, que viven de su industria, de sus bienes, de su comercio, del tranquilo ejercicio de sus profesiones, y que no tienen sus intereses ligados á los cambios políticos, sino que antes por el contrario padecen por ellos, deseen su continuacion en el Gobierno. Los hombres como D. Leopoldo O'Donnell, son á los

que la historia reserva siempre un lugar preferente.

JOSÉ SIDRO Y SURGA.

BIOGRAFÍA

DEL EXCMO. SR. TENIENTE GENERAL

D. GENARO QUESADA.

El Excmo. Sr. D. Genaro Quesada, hijo del malogrado General D. Vicente Genaro Quesada y de la señora doña María Luisa Matheus, nació en Santander el 7 de febrero de 1818. Su padre era entonces Gobernador militar de dicha plaza. De menor edad le fué concedida la gracia de Alférez de caballería, y el 6 de febrero de 1830, cumplida la edad de ordenanza, entró en el goce de antigüedad.

En 1.º de marzo de 1833 fué alta en el regimiento infantería de Navarra, 6.º de lijeros, del cual en 2 de febrero anterior habia sido nombrado Teniente por gracia, y en 23 de mayo pasó con el mismo empleo al primer regimiento de la Guardia Real de infantería. Desde 1.º de junio sirvió en este cuerpo en Madrid, y como Ayudante de campo del Comandante general de la Guardia. Trasladado dicho General á la Capitanía General de Castilla la Vieja, le acompañó Quesada; entonces comenzaba la Guerra civil; pidió y obtuvo ser agregado á una de las columnas de caballería; despues lo fué á otra mas numerosa de ambas armas que mandaba el Brigadier Tolrá, y en clase de Ayudante se halló en las operaciones que en todo aquel año se practicaron en las Riojas y provincias del Norte.

En las mismas provincias continuó hasta febrero de 1834, en que pasó en clase de Ayudante al lado de su padre, que fué nombrado General en Jefe del Ejército del Norte. El 22 de abril se halló en la accion de Alsasúa, que las tropas isabelinas, en número de tres batallones, 50 ca-



EL EXCMO. SR. TENIENTE GENERAL D. GENARO DE QUESADA.



Torre del Homenaje.



Vista general del castillo.



Patio interior del castillo.

CASTILLO DE BELLVER EN PALMA DE MALLORCA, VISITADO POR SS. MM. DURANTE SU PERMANENCIA EN DICHA ISLA.

ballos y dos piezas de montaña, sostuvieron contra once batallones y tres escuadrones carlistas, consiguiendo rechazarlos. En lo mas critico de la accion, temiendo el General en Jefe por la suerte de las tropas que conducia su Jefe de E. M., le envió órdenes con su propio hijo, tanto por la confianza que le inspiraba como por no aventurar la vida de otro Oficial á los riesgos de aquella comision; pero despues no pudo ocultar la angustia é inquietud propias de un buen padre, hasta que vió volver á su hijo con las tropas que habia ido á buscar.

El 26 de mayo, en la sorpresa de Muez, hizo volver al fuego una avanzada que se retiraba, y rechazó con ella al enemigo, por lo que fué agraciado con la cruz de primera clase de San Fernando. En junio siguiente se halló en los reconocimientos de los puertos de Andia y Echarrí, y en otros encuentros menos importantes. En dicho mes el General, su padre, fué nombrado para el mando de la Guardia Real, y con él volvió á Madrid.

En aquella época turbulenta y de continuas conmociones continuaba prestando el servicio propio de su empleo en la capital de la Monarquía, cuando sobrevinieron los conocidos acontecimientos del año de 1836, en los cuales el General su padre, pereció desdichadamente á manos de un furibundo y alborotado populacho. Este desgraciado suceso no pudo menos de causarle honda impresion, como era muy natural, y en setiembre del mismo año solicitó su licencia absoluta y se trasladó á Francia. Su desgraciada madre falleció poco despues, y esto le obligó á volver á España en marzo de 1837. Sus parientes mas allegados y sus amigos habian gestionado para que no se le concediese la licencia absoluta, por lo cual fué entonces destinado al Ejército de reserva, y despues pasó al del Norte como Capitan del primer regimiento de la Guardia Real de infantería, empleo que le correspondió por antigüedad en setiembre de 1836.

En enero de 1838 entró en operaciones; el 27 de abril se halló en la accion de la Brújula; en los dias 19, 20 y 22 de junio en el sitio y toma de Peñacerrada y su fuerte: en estas operaciones le fué concedido el grado de Teniente coronel. El 14 de julio asistió á la toma del fuerte de Labraza.

En 1839 se halló en todas las operaciones que se practicaron para la toma de los fuertes de Ramales y Guardamino; el 14 de agosto en la accion de Villa-Real de Alava; el 10 de octubre en la de Calanda, y el 17 de noviembre en la de Peñacortada.

Desde el 23 al 27 de febrero de 1840 asistió al sitio y toma del castillo de Segura; desde el 21 al 26 de marzo al de Castellote; el 9 de abril al de Peñarroya; el 19 del mismo á la sorpresa de Beceite; el 26 á la accion de Gandesa; el 10 de mayo á la de Valdelladres y Sierra del Caballo; desde el 19 al 30 del mismo mes al sitio y toma de Morella, donde obtuvo la efectividad de Comandante de infantería y la cruz de distincion que se concedió al Ejército por este hecho de armas; el 4 de julio á la toma de los fuertes y plaza de Berga y continuó en operaciones hasta la conclusion de la guerra.

Continuó en el primer regimiento de la Guardia prestando el servicio correspondiente á su clase y el de Cajero

hasta fin de agosto de 1841, que fué destinado al regimiento infantería del Infante, núm. 5, y en fin de noviembre, á peticion suya, quedó con licencia ilimitada. En la misma situacion estuvo hasta el 18 de julio de 1843, en que entró en

habia en la capital de la provincia, á las que se unieron bastantes paisanos armados y nacionales; pero Quesada, corriendo infinitos riesgos, supo contener á las compañías, dispersar á los paisanos y nacionales y mantener el ór-

den: las circunstancias eran muy graves por no haber en toda la provincia otra fuerza que oponer á los sublevados. Por este importante servicio fué recompensado con el empleo de Coronel de infantería.

Desde enero de 1844 hasta el 20 de marzo de 1845 estuvo mandando el regimiento infantería de Zaragoza. Por disposicion del Capitan general de Cataluña pasó á mandar las columnas que debian operar en la provincia de Gerona con motivo de la rebellion á que dió lugar el establecimiento de las quintas en el Principado; tuvo varios encuentros con los sublevados; entró á viva fuerza el 9 de julio en el pueblo de

San Feliú, y siguió en operaciones hasta que quedó pacificado aquel distrito. Por estos servicios le fué concedida la cruz de Comendador de Isabel la Católica por Real orden de 20 de noviembre.

Desde 1.º de julio de 1847 hasta mayo de 1849 estuvo en operaciones en Cataluña, asistiendo á muchas de las acciones que las tropas sostuvieron contra las carlistas, y siendo uno de los Jefes que mas se distinguieron en aquella campaña. En 5 de setiembre de 1848 fué ascendido al empleo de Brigadier por los servicios prestados en ella; en 27 de junio de 1849 le fué concedida la cruz de tercera clase de San Fernando, y por Real cédula de 23 de julio del mismo año la de San Hermenegildo; y á la conclusion de dicha campaña fué propuesto para el ascenso á Mariscal de Campo.

En 1852 fué nombrado Secretario de la Direccion general de Carabineros. En 25 de setiembre de 1853 fué promovido á Mariscal de Campo y nombrado Gobernador de Madrid y segundo Cabo de la Capitanía general de Castilla la Nueva. Despues de los acontecimientos de junio y julio de 1854 quedó de cuartel. En 15 de diciembre de 1856 fué nombrado Inspector en comision del Colegio de Infantería. Organizado el Ejército para la guerra de Africa, el General O'Donnell lo eligió para el mando de la segunda division del tercer cuerpo, que ha sabido conducir con notable pericia y adquirido su frente gloriosos laureles; habiendo sido recompensado con el empleo de Teniente General.

El General D. Genaro Quesada, uno de los mas jóvenes y de mas mérito del Ejército español, se halla hoy al frente de la Capitanía General de Sevilla.

JOSÉ SIDRO Y SURGA.



EJÉRCITO GARIBALDINO.

1 Oficial de bersaglieri.—2 Cuerpos de preferencia.—3 Soldado con capote.—4 Legion calabresa.



EJÉRCITO GARIBALDINO.

1 Oficial de Estado Mayor.—2 Voluntario italiano.—3 Oficial idem.—4 Comandante inglés.



EJÉRCITO GARIBALDINO.

1 Oficial inglés.—2 Guardia Nacional napolitana.—3 Oficial de Artillería.

de setiembre el empleo de Teniente coronel por eleccion y el mando del provincial de Córdoba. Estaba trabajado este cuerpo por los revolucionarios, se temia que se sublevase, y así se lo advirtieron á D. Genaro Quesada al concederle su mando; y en efecto, en la noche del 24 de aquel mismo mes de setiembre se sublevaron las cinco compañías que

ISLAS FILIPINAS.

VII.

REINO VEJETAL.

El reino vejetal es en las islas Filipinas rico, majestuoso y activo en estremo; una alfombra de verdura tapiza cons-

tanamente aquellos bellos sitios que la naturaleza ha favorecido tan largamente con sus mas espléndidas galas; la vegetacion hermosa de la superficie de todas las islas y hasta las simas de las mas altas montañas se ven coronadas de árboles. No es posible hacer una descripcion completa y exacta de las innumerables especies y variedades del reino vegetal filipino, porque no es conocido aun; pero si la haremos de las plantas cuyos productos son de mayor consumo en el comercio y de las maderas mas ricas que se conocen.

El arroz es el fruto indudablemente de mayor importancia y utilidad en aquel archipiélago: las utilidades que deja a los cultivadores son muy crecidas llegando á veces hasta el 160 por 100. Se conocen dos clases de arroz, el del blanco y el de las montañas; estas dos clases se subdividen en otras muchas, de manera que se conocen en el comercio noventa especies de este grano; de estas especies las llamadas *quiriri*, *guinarayon* y *reomero*, son las mas superiores, y los habitantes del pueblo de *Binan* que las cultivan las llaman *señores arroces* para encomiar su calidad.

El arroz es el principal alimento de los hombres y de los animales, y los indios tienen un verdadero placer en su cultivo, pues aman el lodo y el agua tanto como el búfalo su compañero de labor. El arroz de las montañas se siembra despues de las primeras lluvias; en dicha época, las tribus salvajes y los pueblos que lo cultivan queman todas las yerbas y árboles en el terreno destinado á la siembra, y hecho esto, con un palito van haciendo agujeros en la tierra y depositando en cada uno un grano de arroz. El arroz de los llanos se siembra en el mes de junio: se echa el grano en el limo despues de haberle pasado el peine; despues se forma el criadero, y de él se sacan las plantas cuando tienen ocho ó diez pulgadas de altura, para volverlas á plantar espiga por espiga, á gran distancia unas de otras. La recoleccion se hace en noviembre, y á esta faena se dedican con júbilo é igual ardor hombres, mujeres, niños y ancianos; empiezan por recojer el arroz en garbas ó pilas; despues separan el grano de la paja, revolviéndolo con los piés; cuando el arroz ha sido separado de la cáscara por un majadero que los indios llaman *luzon*, ó por medio de máquinas, se le da el nombre de *bigas*. En las islas Filipinas no se conocen los riesgos artificiales para el cultivo del arroz, porque el cielo nunca ha negado el agua que para el mismo se necesita. En las dilatadas llanuras que se extienden entre *Mariquina* y el *Pasig* se cria el arroz llamado *macan*, y en las montañas el *mangara* de grano mas gordo y duro que el anterior. En algunas provincias la tierra está produciendo todo el año; primero se siembra la caña de azúcar, despues el arroz, y por último el maíz.

El caban, medida que equivale á 135 libras se vende por término medio de 10 á 12 rs. vn. en cáscara y de 25 á 30 en limpio. En el interior del país cuesta aun mucho mas barato. El arroz filipino es uno de los ramos mas importantes del comercio del archipiélago, y se esporta en grandes cantidades para Europa y para la China, donde siempre goza de un precio excesivo; no paga derechos de entrada, y si los buques llevan cierta cantidad determinada en los aranceles chinos, pueden subir por el rio de Canton hasta Wampoa sin pagar derechos de ninguna clase.

Despues del arroz viene la caña de azúcar que es tambien de excelente calidad; la hay de dos especies *roja* y *verde*; es mas gruesa que la de la isla de Java, pero sus nudos no están tan separados como las que se crian en las islas de Sandwich, y la de esta última especie hace algun tiempo que se cultiva en haciendas próximas al lago de *Bay*.

La caña de azúcar se siembra en los meses de marzo y abril, con el objeto de que esté bastante desarrollada en la época de las lluvias. Los chinos fabrican el azúcar estrujando la caña en un molino de piedra llamado *trapiche*, y el zumo antes lo cocían en vasijas de tierra, pero en la actualidad en vasijas de metal de figura ovalada llamadas *canas*, fabricadas en la China. La fabricacion del azúcar se perfecciona de dia en dia. Tres clases se conocen en el comercio, el blanco que se vende de tres á cuatro duros el pilon; el prieto, que vale de dos á dos y medio, y que casi todo se esporta para Nueva-Holanda, y otra mas inferior que mezclada con la segunda es de la que mas uso hacen los indios; con ella hacen varios dulces, siendo uno de ellos la *panochia* que se hace con el azúcar espesado y nuez de coco. Los mejores azúcares de Filipinas son los de la *Pampanga*,

Bulcan y la *Laguna*; y los peores los de *Cebu* y de *Iloilo*.

Otro artículo de comercio es el *abacá*; llámase así el filamento del árbol conocido con el nombre de *Musa textilis*, especie de banano que produce un fruto de mala calidad. El *Musa textilis* se planta en estacas, se reproduce con mucha rapidez; se cria en todas las provincias, y generalmente sirve para preservar al árbol del cacao de los ardores del sol. Muchas son las especies de abacá que se conocen, segun la calidad del filamento así se distinguen, y cada una de ellas tiene su nombre peculiar. Cuando el árbol tiene tres años y su estremidad superior se inclina y se pone negra, se le puede quitar la corteza exterior; se corta en tiras, se rompe dándole golpes con un instrumento parecido al que se usa en Europa para enriar el cáñamo, despues se pone al sol, cuidando que no se moje: se sacude y lava poniéndole á secar de nuevo, y por último se junta en grandes manojos que se sujetan por una parte, y que se venden á dos pesos en provincias y á tres y medio y á cuatro en Manila.

El abacá se cultiva en muchas provincias, pero los filamentos mas estimados son los de la de *Albay*, y en esta los de los pueblos de *Donzol*, *Sorsogon*, *Tabaco*, *Camalit* y *Quipta*. Del abacá de esta calidad superior mezclado con la seda se hacen las telas llamadas *sina-mays* que usan los indios: otros tejidos mas bastos se hacen tambien con el abacá llamados *guinaras*. Se cria con mucha abundancia en las provincias de *Leyte* y de *Misamis*, y su esportacion es cada dia mayor, especialmente para los Estados-Unidos.

J. S. y S.

ANALES DE LA CENSURA.

La multa de mil *dracmas* (1) impuesta á un poeta que recordó á los Atenenses la toma de Mileto por los persas, 498 años antes de Jesucristo, es el primer ejemplo que en los tiempos antiguos encontramos de represion de la libertad de escribir. La tragedia en que Phrinico se atrevió á presentar á sus compatriotas el cuadro de sus intestinas miserias, causó dolorosa impresion en el público, y ademas del castigo pecuniario impuesto á su autor, quedó prohibida para siempre su representacion.

Diógenes Laercio, segun Protágoras de Abdera, que falleció cuatro siglos antes de Jesucristo, fué espulsado de Atenas, sus obras quemadas, y las copias que de ellas se hubiesen hecho condenadas tambien á ser reducidas á cenizas por haber sentado esta proposicion: «Nada tengo que decir respecto de los dioses. Hay muchas razones que impiden afirmar si existen ó no: entre otras la oscuridad del asunto y la corta duracion de la vida.»

Con mas rigor trataron todavia los Magistrados de Atenas al filósofo Diágoras de Melos, que se atrajo la animadversion de los sacerdotes divulgando el secreto, incitando al pueblo á hacer pedazos las imágenes de los dioses, y la Grecia entera á negar la existencia de estos... Por semejantes blasfemias (*sic*) los Magistrados de aquella ciudad lo citaron ante su tribunal, lo persiguieron de poblacion en poblacion y de casa en casa, ofrecieron dos talentos al que entregara su cabeza, y para perpétua memoria de esta sentencia la mandaron grabar en una columna de bronce. Diágoras, privado de asilo en su patria, tuvo que confiar su vida á las olas, y la perdió en una tempestad, que los marineros del buque en que iba no dejaron de atribuir á indignacion de los dioses.

En los libros de la *República* de Ciceron se encuentran curiosos detalles acerca del asunto de que nos estamos ocupando. Uno de los personajes que introduce en sus diálogos se espresa en estos términos:

«Jamás la comedia, si las costumbres no lo hubieran au-

torizado, habria visto aplaudidas en el teatro sus infames licencias. Los antiguos griegos manifestaban al menos sin rebozo ninguno su depravado gusto: entre ellos era lícito á la comedia no callar ningun secreto, ni siquiera el nombre verdadero de las personas que se proponia zaherir. Por ese motivo la comedia no respetó reputacion alguna, ni hubo ciudadano que pudiera librarse de sus tiros. Se dirá que descargó el azote sobre insignes corruptores del pueblo, sobre hombres perversos, sobre sediciosos: reveló las abominaciones de un Cleon, de un Cleonofonte, de un Hipérbolo, y si bien habria sido mas conveniente que tales hombres hubiesen sido puestos de relieve por autoridad del Censor antes que por la imaginacion de un poeta, no puede sentirse, sin embargo, que la comedia los hubiera designado á la irrision del público. Pero ¿quién no se llenará de indignacion al ver que un Pericles, varon tan respetable así en tiempo de paz como durante la guerra, hubiese sido ultrajado públicamente en la escena? ¿No es tan repugnante ese hecho como si en Roma un Publio y un Cneo Escipion hubiesen sido difamados en público por Plauto ó Nevio, ó un Caton por Cecilio? No en vano, sigue diciendo Ciceron, nuestras leyes de las Doce Tablas, que tan pocas han sido en pronunciar la última pena, han querido castigar con pena de muerte al que públicamente recitara ó compusiera versos que atenten contra la buena reputacion de algun ciudadano. Nada mas equitativo: nuestros actos han de estar sometidos á la censura de los Magistrados, pero de ningun modo deben depender de la fantasia de los poetas: si en algun caso es lícito atacarnos, solo es con la condicion de que podamos contestar y de que un tribunal se haga cargo tambien de nuestra defensa.»

En tiempo de los Emperadores romanos la libertad de escribir no tuvo tantas restricciones como generalmente se cree.

César se contentaba con dar á los que le ultrajaban con sus palabras el consejo de que no continuasen en sus diatribas. El mismo César llegó al extremo de sufrir sin quejarse que Aulo Cecina y Philolao desgarraran su reputacion, el primero en un libelo de los mas injuriosos, y el segundo en un poema lleno de calumnias.

Los libelos injuriosos repartidos profusamente contra Augusto y contra el Senado, no le inspiraron á aquel deseo de refutarlos; ni siquiera mandó averiguar el nombre de sus autores, y se contentó con mandar que en lo sucesivo se perseguiría á los que bajo nombre supuesto publicasen folletos ó versos difamatorios contra quien quiera que fuese. De manera que siendo aquel Emperador personalmente blanco de amargas diatribas é insolencias, no contestó á ellas sino por medio de un edicto, y ademas se opuso siempre á que se tomara ninguna medida para reprimir la libertad de lenguaje en los testamentos.

Tiberio, por el contrario, se manifestó escesivamente severo contra los que le atacaban por medio de escritos. «Era incesante objeto de injurias, dice Suetonio, pues no habia un solo sentenciado por la ley que no lo insultara, ya personalmente, ya por medio de escritos que se dejaban escondidos en sitios donde el público estaba acostumbrado á encontrarlos.» Tiberio unas veces parecia desear que aquellos ultrajes quedaran ocultos, y otras aparentaba despreciarlos hasta el punto de repetirlos y divulgarlos por su propia boca. El fué quien renovó la ley acerca de los crímenes de lesa majestad. «Esa ley, dice Tácito, ejercia su accion sobre los hechos, pero nunca sobre las palabras.»

Augusto fué el primero que cansado del desenfreno de Casio Severo, que por medio de insolentes escritos habia atentado contra la reputacion de las personas mas respetables de Roma, aplicó aquella ley al libelo.

Consultado posteriormente Tiberio por el pretor Pompeyo Macer sobre si se daria curso á las acusaciones de la majestad, contestó que las leyes no se habian hecho sino para ser observadas. Lo que mas agrió el ánimo de aquel Emperador fueron ciertos versos anónimos que circularon, pintando su crueldad, su orgullo, y las desavenencias que tenia con su madre.

En medio de la turba de delatores que diariamente acudian ante el Senado ó los demas tribunales de Roma, se ejercia la mas activa vigilancia sobre los escritos que se destinaban al público.

Tácito hace acerca de este particular una narracion que



(1) *Dracma* era la principal moneda de plata entre los griegos, como el *Denarius* entre los romanos. La *Dracma* ática representada por el adjunto grabado, es copia del modelo que existe en el Museo Británico. Su valor equivale á unos 4 reales.

por su mucho interés no podemos escusarnos de transcribir. Dice así:

«Durante el consulado de Coso y Agripa (en tiempo de Tiberio), se persiguió á Cremucio Cordo por haber alabado en sus Anales á Bruto y llamado último de los romanos á Casio. Nunca hasta entonces se había oído hablar de esta clase de delitos. Presentábanse como acusadores Satrio Secundo y Pinario Nasta, hechuras ambos de Seyano. Esta circunstancia, unida á la indignación que se notaba en la fisonomía del Emperador durante la defensa del acusado, presagiaban la condenación del autor, pero este, haciendo un supremo esfuerzo, habló en estos términos:

«Padres conscriptos: nadie acusa sino mis palabras: prueba evidente de que mis acciones son buenas. Mis palabras no atacan, sin embargo, al Emperador ni á su madre, únicas personas comprendidas en la ley de lesa majestad.

«Se me acusa de haber alabado á Casio y á Bruto, cuyos actos, descritos por muchos historiadores, nunca han dejado de ir acompañados de elogios... Cicerón en una de sus obras elevó á Catón á las nubes. ¿Qué hizo entonces el dictador César? Refutó el libro, es decir, hizo que el público fuese juez entre su escrito y el de Cicerón. Las cartas de Antonio y los discursos de Bruto no son mas que sátiras de Augusto, sátiras injustas, pero sangrientas; y hasta en las poesías de Bibáculo y Cátulo se encuentran invectivas contra los Césares. Sin embargo, los mismos Césares, el mismo Julio, el mismo Augusto, han sufrido ó han despreciado esos ultrajes, y obrando de este modo no sé qué deba alabarse mas, si su moderación ó su sabiduría. Sabido es que el desprecio embota la sátira, así como el resentimiento la aguja.

«No hablo de los griegos, cuya libertad, mejor dicho, cuyas licencias no fueron castigadas ni aun reprimidas, sino con el uso de iguales armas por parte del ofendido. Nunca se ha disputado el derecho de hablar libremente de los que la muerte ha puesto fuera del alcance del favor ó del odio. ¿Se creará que por medio de escritos pretendo incitar al pueblo á la guerra civil, y lanzar otra vez Casio y Bruto al campo de batalla? ¿Ó es que piensan que al cabo de sesenta años de su muerte la historia no habrá conservado en parte su recuerdo, como sus facciones lo han sido en las imágenes que el mismo vencedor no se atrevió á destruir? La posteridad designa á cada cual su porción de gloria, y mi sentencia no impedirá que haya ciudadanos que se acuerden de Bruto, de Casio, y tal vez hasta de mí mismo.»

Dichas estas palabras Cremucio Cordo se retiró del Senado y se quitó la vida privándose de todo alimento. Los Padres conscriptos condenaron su obra á ser quemada por mano del Edil, pero su obra subsiste todavía.

Rianse, pues, lo que quieran, sigue diciendo Tácito, aquellos que presumen apagar con su efímero poder el eco del porvenir. Por el contrario, el mérito oprimido adquiere mas valor, y las persecuciones nunca han conseguido, por lo general, mas que preparar la gloria de los autores y el oprobio de los que injustamente los han perseguido.

Las precauciones tomadas contra los anales de Cordo fueron, segun Tácito lo había previsto, enteramente inútiles, pues desde los primeros días del reinado de Calígula, este Emperador hizo buscar las obras de Tito Labieno, de Cordo Camucio y de Casio Severo, prohibidas por el Senado, y considerándose, segun decia, personalmente interesado en que la historia se escribiera con puntual exactitud, permitió la lectura y la copia de aquellos escritos.»

Tácito habla en otro lugar (lib. VI, cap. 20) de la tragedia de un cierto Scauro, que fué denunciada á Tiberio, y causó la muerte de su autor. Refiere tambien (cap. 38) que Tiberio mandó leer públicamente la disposición testamentaria de un ciudadano, en la que había consignado sangrientas invectivas contra Macrion, otro de los principales libertos del Príncipe, y hasta contra él mismo. Los herederos se empeñaban en tener oculto aquel documento, pero Tiberio, sea para aparentar que sabía tolerar la libertad, sea porque despreciara la infamia, ó sea porque no habiendo tenido noticia de los crímenes de Seyano quisiera enterarse de ellos á toda costa y aprender por medio de la injuria verdades que la adulación se esforzaba en recatar de su vista, mandó leer en público aquel testamento, so pena de no autorizar sus disposiciones.

La conducta de Neron en lo que se refiere á este asunto, fué muy distinta de la de Tiberio.

«Merece ser particularmente observado, dice Suetonio refiriéndose á los hechos de aquel Emperador, que nada soportó con mas paciencia que las sátiras y las injurias, y que con nadie se mostró mas humano que con aquellos que lo atacaron de palabra ó por escrito. Popularizáronse epigramas; aparecieron numerosos pasquines... pero la paciencia de Neron jamás se dió por cansada... no se practicó diligencia ninguna para averiguar el nombre de sus autores, ni se permitió que el Senado impusiera graves castigos á los que habían sido objeto de acusación.

(Se concluirá.)

CASTILLO DE BELLVER.

Uno de los edificios mas notables que S. M. ha visitado en Palma es el castillo de Bellver, cuya vista hemos creído interesante reproducir, detallando especialmente su aspecto y la torre del Homenaje.

La historia de este castillo, confundiendo en la oscuridad de los tiempos, no revela exactamente ni el año en que se dió principio á su construcción, ni el arquitecto que la dirigió: los cronistas mallorquines la atribuyen al Rey D. Jaime II, pero entre el pueblo se conserva la tradición de haber sido emprendida y llevada á cabo por los moros. Un documento incompleto del siglo XIV parece venir en apoyo de esta tradición; mas lo único que puede con seguridad afirmarse, es que la obra se hallaba terminada el año 1509, y que, por consiguiente, cuenta ya lo menos cinco siglos de antigüedad.

¿Fué, como pretenden las crónicas, edificada por don Jaime II para morada de los Reyes de Mallorca? Asi parecen persuadirlo la circunstancia de no existir en la isla, donde tantas otras obras grandes se emprendieron despues de la conquista, ningún otro edificio destinado especialmente á dicho objeto.

La elegancia interior del edificio y la distribución de sus suntuosas habitaciones lo hacen, en efecto, mas á propósito para régia morada que para recinto en que albergar fuerzas armadas.

Lo que mas admira al que contempla con alguna detención el interior del edificio, es la osadía de las bóvedas que cubren las habitaciones. Volteadas en torno entre muros circulares y concéntricos, y sostenidas en grandes, pero estrechas y muy resaltadas fajas octogonas que representan arcos encontrados y cruzados en lo alto, es ocioso decir cuán gracioso y extraño efecto producirán.

Lo mas notable es seguramente el ingenioso artificio con que el arquitecto supo ocultar su verdadera solidez, porque de una parte representó estas bóvedas apoyadas solamente en débiles fajas, y por otra no dió mas apoyo á estas que el de unas impostas en forma de peanas, voladas al aire de trecho en trecho como á un tercio de altura de la pared interior. A estas peanas viene á morir, y al mismo tiempo de ellas nace y arranca, aquella multitud de arcos, porque agrupados de tres en tres y confundidos en uno, se van poco á poco levantando de su raíz, abriéndose y desplegándose de un lado al otro hasta cruzarse en el cénit de las bóvedas, para caer despues cerrando y reuniéndose hasta identificarlo sobre las repisas frontales.

Situado á poca distancia del mar, al N. de su orilla y á muchos piés de altura sobre su nivel, herosea singularmente con su aspecto la campiña que lo rodea.

Su forma circular y no interrumpida sino por tres torreones que desde el sólido del muro avanzan, mirado al E., al S. y al O., está exactamente marcada por su cortina ó muro exterior.

Entre dichos torreones hay cuatro garitones, circulares tambien, los tres abiertos y al rasó de su altura; otro cubierto y elevado sobre ella.

Mirando al N. se levanta desde el fondo del foso y aislada por él la gran torre del Homenaje, que sobreponiéndose á la altura del edificio, descuella mas de 45 piés sobre su plataforma. Su forma es tambien circular, y su cima se ve ceñida en torno de 38 grandes modillones almohadillados que naciendo del muro con tres piés de alto y tres y medio de proyectura superior, se avanzan en forma de tornapun-

tas á recibir el antepecho volado en la cumbre y la coronan majestuosamente.

Una de las cinco cámaras que constituyen el interior de la torre del Homenaje, debió en lo antiguo estar destinada para prision, ó mas bien, segun su nombre lo indica (La Hoya), para sepultura del infeliz que, descolgado por una tronera abierta en lo alto de la bóveda, se veria en aquel fétido recinto aislado de todo el resto del universo.

A fines del siglo XIV fué habitado el castillo de Bellver por D. Juan I y doña Violante de Aragón, y fué, si así puede decirse, el principal teatro de las fiestas y obsequios con que el pueblo mallorquin demostró su entusiasmo á dichos Soberanos.

DECORACION EXTERIOR

DEL CUARTEL

DEL REGIMIENTO INFANTERIA DE BURGOS

durante la permanencia de SS. MM. en Mahon.

Separado de la fachada y sobre la balaustrada que forma la misma, había construida una línea de 90 arcos revestidos de follaje y en su centro se elevaba otro de la misma forma de 40 piés de alto y 8 de ancho; en este arco había dos transparentes en el centro de sus estribos con las armas de la ciudad que dá nombre al Regimiento, y otro tenía colocado sobre su medio punto con la dedicatoria: A SS. MM. y AA. el regimiento infantería de Burgos núm. 36. En la parte mas elevada de este arco estaba el escudo de las armas Reales perfectamente pintado al óleo; tanto en el medió punto de este arco como en los de los demas, pendían multitud de faroles de figuras chinas y de otras caprichosas: en el arranque de cada arco había una bandera de grande dimension que haciendo juego con otras mas pequeñas ofrecían un golpe de vista agradable; en la base de esta arquería estaban colocados 1,200 faroles de papel de diferentes colores y de figura cilíndrica.

En el centro de la fachada del cuartel estaba colocada una segunda línea de faroles, compuesta de igual número y clase que los anteriores; á esta línea, y en escala ascendente, seguía la de las ventanas de los dormitorios, en la que estaban colocados vistosos transparentes con inscripciones alegóricas de los hechos de armas en que se había encontrado el regimiento desde su primitiva creación; sobre el alero del tejado estaba la última línea de faroles que contenía mas de 1,500, y sobre esta, en la parte céntrica y mas elevada del edificio, había colocada una cifra de Isabel II con una corona que contenía 500 luces en vasos; finalmente, en la puerta que dá entrada al edificio había otro arco de follaje, y sobre él un escudo de armas del regimiento: tanto esta puerta como las ventanas del cuarto de banderas estaban adornadas con lujosos faroles.

En la parte exterior de este edificio se cuentan 9 puertas y 81 ventanas.

MEDALLA DE ÁFRICA.

Reproducimos el dibujo de la medalla de Africa, destinada, segun su nombre lo indica, para recompensar los rasgos de valor de nuestro Ejército de mar y tierra en aquel país durante la última campaña.

Entre dos ramas de laurel enlazadas en su pié por una tarjeta que determina la fecha, se ve el busto de Isabel II, y en la parte inferior se lee CAMPAÑA DE ÁFRICA.

En el reverso hay esta leyenda:

«Serrallo, Sierra-Bullones, Castillejos, Monte-Negron, Cabo-Negro, Keteli, Tetuan, Larache, Arcilla, Sampsa y Guad-Rás.»

Esta medalla se supone puesta sobre el signo de nuestra redención, por lo cual sobresalen por sus costados los brazos de la cruz y el pié, en el que hay grabada una media luna por su parte inferior.

La cabeza está cubierta con una corona Real que por medio de un anillo se fija á una cinta del color que la usan las órdenes militares de Santiago, Calatrava y Alcántara.

La poética variedad de trajes militares que se echa de ver en el grabado que reproducimos, y la no menos pintoresca que como procedentes de diversas nacionalidades debe suponerse existe entre los que los ostentan, constituye la homogeneidad de las tropas á quienes está encomendada la obra de unificar la Italia. Los colores predominantes en las blusa-uniformes son el encarnado y el verde.

EPISODIO DE LA GUERRA DE BRETAÑA,

escrito en francés

POR MR. OCTAVE FEUILLET.

TRADUCCION

DE D. J. F. SAENZ DE URRACA.

X.

(Continuacion.)

Mr. de Pelveu,—decía, saludándole con su vaso,—¿permitirá V. que beba al feliz incidente que nos proporciona la ventaja, muy apreciada por nosotros, de poseerle?

—Caballero,—contestó Hervé, esforzándose para sonreír,—ó mucho me engaño, ó á V. es á quien he de agradecerlo, si es que para esto hay motivo.

—A la verdad, Sr. Conde,—repuso Flor de Lis con acento cortés y afectuoso,—ó mucho me equivoco yo también, ó no me perdona V. muy cristianamente la libertad que me he tomado de disponer de sus servicios sin consultarle.

—Confieso á V., caballero,—dijo Hervé alegremente,—que aun tengo en la memoria cierto golpe terrible que me derribó...

—¡Ah! felizmente no me recuerda la conciencia el haber dado ese golpe. Jorge, amigo mío, defiende V. sus actos, se lo ruego... No quiero que el puño de V. se interponga entre Mr. de Pelveu y yo... Hé aquí al que derribó á V., querido conde,—añadió el joven mostrando á Hervé una especie de labriego con espaldas cuadradas y cabeza redonda, y cuya corbata flotante dejaba ver un cuello de Hércules.—Estoy seguro de que perdonará V. á Jorge, tan luego como le vea en una acción, en medio del fuego.

—Perdone V., señor Conde,—dijo Jorge con una carcajada ruidosa,—pero se trataba de salvarnos á todos, y luego un puñetazo á nadie deshonra.

—No digo que me deshonrase,—replicó Hervé,—pero me hizo daño. ¿Supongo, Mr. Jorge, que sería V. una de las señoras que lavaban su ropa, aquella noche, en el valle de la Groach? ¿Podré preguntarle sin ser indiscreto, cuál era el motivo de aquella mascarada?

—¡Ah, no me hable V. de eso!—dijo Flor de Lis.—Estos bretones son tan valientes, que se vuelven locos. Querían hacerme un obsequio con aquella farsa que en tanto aprieto nos puso.

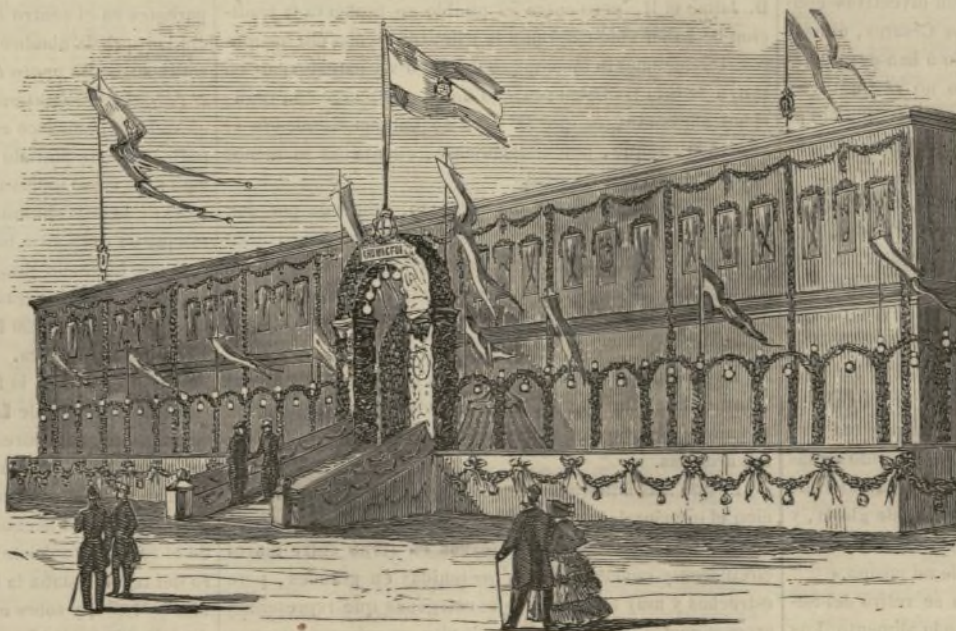
—¿Y puedo saber, Mr. Jorge,—repuso Hervé,—en virtud de qué sortilegio ó brujería pudieron Vds. arrostrar impunemente nuestro fuego?

—¡Ah, caballero!—respondió Jorge,—es que mis muchachos tienen mucha serenidad y arrojo. Los he acostumbrado á arrojar sobre los cañones tirándose al suelo de vez en cuando para dejar pasar la metralla.... Puede V. juzgar por sí mismo con qué exactitud ejecutan esa maniobra.

Mlle. de Kergant se levantó de la mesa en el momento en que el intrépido partidario acababa de hablar; tomó la mano que le ofrecía Flor de Lis, y todos los convidados pasaron con ellos á una sala inmediata, cuyas paredes se ha-



MEDALLA DEL EJÉRCITO DE ÁFRICA.



FACHADA DEL CUARTEL DEL REGIMIENTO INFANTERÍA DE BURGOS DURANTE LA PERMANENCIA DE SS. MM. EN PALMA.

(De nuestro corresponsal D. José María Bascuas.)

llaban adornadas con retratos de familia. Hervé, al ver de nuevo aquellas fisonomías graves de sus antepasados, testigos venerados de su infancia, protectores domésticos de sus años mas apacibles, no pudo menos de considerar con amargura los pesares y agitaciones de aquellos momentos. Mientras los concurrentes, dispersados en grupos por la sala, se entregaban á esas conversaciones expansivas á que predispone una buena comida, el joven se retiró al hueco de una ventana.

Apenas hacía un momento que estaba allí, cuando vio á Bellah acercarse con una apariencia risueña y distraída, dirigiendo al paso algunas palabras á las personas que se encontraban cerca de ella; luego, cambiando de tono y de fisonomía en cuanto estuvo junto al Comandante, le dijo con rapidez y á media voz:

—Hervé, ¿qué viene V. á hacer aquí?

—Tomo á Dios por testigo,—contestó el joven,—de que hubiera sufrido gustoso la muerte mas ignominiosa antes que poner los pies aquí, si hubiese podido sospechar lo que había de ver y oír.

—¿Es un enigma, Mr. de Pelveu?—preguntó Bellah con la altivez tranquila que constituía uno de sus encantos.

—Me hallaba, hace una hora, en el bosque de abetos, Bellah.

—¿En el bosque de abetos?—repitió Mlle. de Kergant contestando á la mirada acusadora de Hervé con otra de virginal limpidez. La voz de su padre que la llamaba cortó

bruscamente aquella explicación; la joven se encogió levemente de hombros, alzó al cielo sus hermosos ojos y se alejó con ademán pensativo.

Cuando nos sorprende la facilidad con que un hombre de talento se deja engañar por la mujer á quien ama, olvidamos la predisposición natural que tiene nuestro corazón á la esperanza. La perspectiva del desgraciado está llena de ilusiones; es el cómplice solícito de los ardides en que le envuelven: nuestras débiles manos son las que presentan á una mujer el velo con que cubre nuestros ojos. Una sola palabra, un ademán de sorpresa, habían bastado para combatir y aun casi vencer en el ánimo de Hervé los testimonios que un momento antes le parecían irrecusables. Recordaba el alma activa é inocente de su hermana adoptiva, veía brillar todavía la pura luz de sus ojos, olvidaba la perfección de hipocresía que puede ceñir una frente perversa con esa aureola engañosa, y ya se arrepentía de haber ultrajado, solo por sospechas vagas, á una criatura digna de todo su respeto.

Sin embargo, la escena del bosque de abetos era muy positiva. En el momento en que aquel recuerdo sepultaba á Hervé en nuevas ansiedades, una mujer rozó al pasar la colgadura detras de la cual se hallaba medio oculto; alzó la cabeza y conoció la fisonomía pálida y enérgica de Alix. Por muy inverosímil que pudiese ser la idea que de improviso hizo surgir aquella visión en la mente del joven, no dejó de acogerla como un apoyo para sus dudas y sus esperanzas; pero al fijar su atención en un grupo animado en que figuraban Bellah y Flor de Lis, Hervé pudo convencerse de que el héroe realista, si aun no tenía para su odio todos los títulos que suponía, por lo menos no descuidaba medio alguno para obtenerlos. Se veía que la presencia de Bellah le hacía elevarse, por decirlo así, y que pretendía agradarla; á ella era á quien sus ojos dedicaban todas sus palabras; hacia brillar en su presencia todas sus dotes oratorias, y la rodeaba con todos sus recursos de fascinación cual si la encerrase en un círculo mágico. Bellah, fuera lo que quisiese la extensión de sus impresiones, era evidente que se hallaba fascinada, y aun Hervé pudo observar en los ojos de la joven una especie de admiración apasionada que al momento hizo que renaciesen todas sus dudas y toda su cólera.

(Se continuará.)

CORRESPONDENCIA PARTICULAR.

Sr. D. B. M.—Cartagena.—Recibida su remesa.	Sr. D. R. D.—Palma de Mallorca.—Recibida su remesa.
Sr. D. A. C.—Cádiz.—Id.	Sr. D. N. B.—Segorbe.—Id.
Sr. D. B. N. Ll.—Oviedo.—Id.	Sr. D. F. S.—Ferrol.—Id.
Sr. D. J. P. y G.—Huesca.—Id.	Sr. D. S. B.—Naval.—Id.
Sr. D. M. S.—Barcelona.—Id.	Sr. D. V. A.—Zaragoza.—Id.
Sr. D. J. C.—Murcia.—Id.	Sr. D. J. M. C.—Habana.—Id.
Sr. D. J. C.—Villanueva de Alcaudete.—Id.	Sr. D. B. G. T.—Idem.—Id.
Sr. D. E. A.—Segovia.—Id.	Sr. D. J. C.—Valencia.—Id.
Sr. D. H. S.—Idem.—Id.	Sr. D. S. B.—Cáceres.—Id.
Sr. D. J. M.—S. Fernando.—Id.	Sr. D. L. J.—Puerto-Rico.—Id.
Sr. D. A. D.—Santa Cruz.—Id.	Sr. D. F. N.—Vitoria.—Id.
Sr. D. M. H.—Granada.—Id.	

El Adm. A. GARCÍA.

Por todo lo no firmado, el Secretario, FRANCISCO MEDINA-VEYTA.

Director y propietario, D. M. PEREZ DE CASTRO.
Editor responsable, D. Jacinto Rodríguez.

MADRID: 1860.—Imp. y Lit. del ATLAS, á cargo de J. Rodríguez,
calle de San Bernardino, núm. 7.